

ALBUM DE SEÑORITAS

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION HISTORICA.

Del cristianismo nació la noble institucion de la Caballería, que acrecentó poderosamente la importancia que ya habia empezado á adquirir la mujer.

Sér débil por naturaleza; pero lleno de encantos, era el estímulo de las dos mas nobles pasiones del hombre, del honor y del amor. El primero le empleaba en su defensa, el segundo lo dedicaba á su hermosura. La mujer era entonces el manantial de cuanto habia puro y generoso. Honor al bello sexo, era el grito de los caballeros. Por la mujer luchaban los guerreros; á la mujer cantaban los poetas. Las armas y la lira imperaban entonces.

En favor de las damas redundaba especialmente toda la gloria de las hazañas llevadas á feliz término por sus adoradores, que se vanagloriaban de un orgullo virtuoso. En suma, la mujer era el sér ideal cuyo ascen-

diente dominaba en las batallas, en la poesía, en las córtes, en los torneos.

Se pretende, dice un escritor, que se deriva del carácter germánico esta veneracion á las mujeres; y á la verdad, parece que entre los germanos no estaban reducidas á la condicion de envilecimiento que las habian convertido en Grecia en objeto de deleite, y en Roma nada mas que en madres de guerreros y de ciudadanos. Sin embargo, no se describe de cierto ningun indicio de semejante veneracion en las tradiciones alemanas. No puede hallarse en el poema de Beowulfo, ni en los Nibelungos, ni aparece rastro escrito de la verdadera galantería antes de la Historia de Arturo, por Geoffray de Montmouth.

Una religion en que figuraban las mujeres entre el número de los primeros héroes, y como asociadas á la obra de la Redencion y del Apostolado, no podia menos de inspirar respeto hácia esta mitad del género humano, á quien la doctrina de la Iglesia declaraba igual en derechos al



hombre. Así, pues, las leyes bárbaras hicieron lo que jamás pudieron hacer los Códigos de la sabiduría antigua: tomaron bajo su protección el honor de las mujeres de condición libre, y hasta la virtud de las esclavas.

Al ocuparse de la educación de la mujer, la presentaron el tipo de María como vírgen y como madre; y la mayor parte se ejercitaron en los monasterios en obras manuales é intelectuales, recibiendo al mismo tiempo una sólida instrucción moral.

Al instituirse la Caballería inscribe entre el número de sus obligaciones la de proteger á la mujer dónde quiera y contra todos: lidia contra sus opresores, y se somete por ellas al juicio de Dios contra campeones que arrollarian su flaqueza. De aquí aquel ideal de virtud y denuedo de que abusaron posteriormente no solo los amantes y poetas, sino tambien los filósofos y los historiadores.

Entonces adquiere la mujer derechos de que no habia disfrutado. Luis VII databa sus actos desde la coronación de la reina Adela, su esposa. San Luis se nos presenta de continuo entre el austero semblante de Blanca de Castilla y el dulce rostro de Margarita. Unas asistian á los tribunales como jueces en causas graves, otras se ponian la armadura para ir á las Cruzadas, y Alicia de Montmorency llevaba un ejército al famoso Simon de Montforte, su esposo. Por esta época recuperó la facultad de heredar, de

que fué escluida por las exigencias feudales; y Jaime de Aragon ordenó que se dejára pasar sano y salvo á todo hombre que acompañara á una mujer, á menos que fuera culpable de homicidio.

Luis IV, duque de Borbon, al instituir la orden del Escudo de Oro, impuso por condición honrar principalmente á las damas; «no sufrir que fueran calumniadas, porque despues de Dios procede de ellas todo el honor que puedan adquirir los hombres.» Las ideas divulgadas acerca de las mujeres por la Caballería, se ven en un antiguo fragmento citado por *Sainte-Pelaye*, y que reproducimos por ser notable.

—«El tiempo estaba entonces en paz, y se hacian grandes fiestas y grandes regocijos; y todas las clases de Caballería, de damas y de doncellas se reunian allí donde se celebraban las fiestas, lo cual sucedia frecuentemente. Y allí iban por grande honor los buenos caballeros de aquel tiempo. Pero si acontecia por ventura que dama ó caballero que tuviere mala fama, no que estuvieran censurados en su honor, se pusiera con una buena dama ó doncella, aunque fuera noble y tuviera el mas ilustre y opulento marido, al punto aquellos buenos caballeros, con su derecho, no se sonrojaban de presentarse á ellas delante de todos y de coger á las buenas y ponerlas en puesto preferente á las censuradas, y delante

de todos decían: *Señora, no os des- plazca si esta dama ó doncella va de- lante, porque aunque no sea tan noble y tan rica como vos, no es censurada; se cuenta en el número de las buenas, lo cual no se dice de vos, y me despla- ce; pero hará honor á quien la ha ser- vido y no os maraville.*

» Así hablaban los caballeros y po- nían á las buenas de buena fama las primeras, por lo cual daban ellas gra- cias á Dios en su corazón de ser así reputadas, porque eran honradas y colocadas delante. Y las otras arru- gaban el entrecejo, bajaban el rostro y recibían gran sonrojo. Y esto era de buen ejemplo á las demas nobles, pues por las cosas vergonzosas que oían decir de las demas mujeres, du- daban y temían proceder malamen- te. Pero gracias á Dios, hoy se atri- buye el mismo honor á las censura- das que á las buenas, de las que mil toman mal ejemplo, y dicen que es todo uno, y que se tributa tanto ho- nor á las censuradas y difamadas co- mo á las buenas. Aunque así pasa no está mal dicho y mal pensado, pues en buena fé, por mas que en su pre- sencia se las haga honor y cortesía, cuando están ausentes se murmura de ellas. Pero pienso que esto está mal hecho, y que valia mas delante de todos hacer patentes sus faltas y locuras, como se hacia en aquel tien- po de que os he hablado. Y os diré ademas, que según he oido contar á muchos caballeros que vieron á aquel

señor Geoffroy, el cual decia, que cuando cabalgaba por los campos y veía un castillo, ó una mansion de alguna dama, preguntaba siempre de quién era, y cuando se le decia *es de fulana*, si la dama estaba censurada en su honor, se adelantaba hasta cer- ca de la puerta, y allí sacaba una punta de lapiz, que llevaba consigo, y anotaba aquella puerta, y hacia un signo, y se volvía, y cuando pasaba delante de la mansion de dama ó don- cella de buena fama, si no tenia mu- cha prisa, iba á verla, y se espresa- ba de esta modo: — Mi buena amiga: pido á Dios que os haga perseverar en ese bien y en ese honor entre el número de las buenas, porque de- beis ser muy acatada y honrada. »

« Y por este método recelaban las buenas, y se apartaban de hacer cosa por la cual pudieran perder su honor y su estado. Yo quisiera que tornase aquel tiempo, pues pienso que no ha- bría tantas censuradas como ahora. »

A. PIRALA.

HISTORIA NATURAL.

El mes de Mayo.

La palabra *Mayo* se deriva, según algu- nos, de la diosa Maya, madre de Mercurio, hija de Atlante y muger de Júpiter; adu- ciendo como prueba la antigua costumbre de las fiestas que se celebraban entre los grie- gos en este mes dedicadas á la citada diosa; sin embargo, es presumible que el origen

etimológico de *Mayo* sea la palabra *maiores* los ancianos que componian el Senado romano, cuyas sesiones se abrian en el mes de Mayo, razon por la cual sin duda le consagró Roma á la vejez, estando prohibido el casarse en el discurso del mismo.

El mes de Mayo cierra totalmente las puertas del invierno; rico de animacion y vida, trasforma la tierra convirtiendo la superficie de los montes y las llanuras ligeramente matizados de flores poco antes, en un prolongado tapiz de verdor, sobre cuyo fondo se destacan bordadas con el primor á que solo alcanza la creacion las mas caprichosas guirnaldas de odoríferas rosas, de blancas guardarayas, de oxiacantos, de girasoles de púrpura y oro, de resplandecientes lirios, aterciopelados tagetes, olorosos jazmines, preciosas hortensias y simpático geranio. ¡Qué perspectiva tan brillante la del monte, el prado y el arroyo! no hay adecuadas palabras ni alcanza el génio creador de las artes con todas sus bellezas, á dar el colorido de la realidad al grandioso cuadro que quisiera describir; todas las plantas, todas las flores, la vegetacion entera, se viste de sus mas pintadas galas, y árboles y plantas, mecándose al blando impulso del templado céfiro, parecen festejar con sus armoniosos sonos la llegada del precioso Mayo. Los pajarillos le saludan con su inocente canto, y el risueño, el músico de las orientales y etéreas regiones, con sus dulces trinos, suspende el ánimo del filósofo, que deseando gozar los encantos del albor matutino, abandona la cama en tempranas horas, y corre al campo á saludar tambien los primeros rayos del sol en el horizonte, que reflejando sobre las cristalinas perlas de rocío completan el adorno de la joven naturaleza.

En el mes de Mayo es cuando fastidiado el habitante de la ciudad de los monotonos placeres de la pasada estacion, experimenta el deseo vehemente de entregarse á todo género de diversiones campestres, y de admirar de cerca el mes de las flores, asi que, vemos á

multitud de familias emigrar á las quintas y jardines. Allí saborean la sonrosada fresa y las nutritivas leches, allí el niño corre tras la mariposa y juega con el relozon cordero, la joven cuida con esmero sus flores y colmenas, y el anciano descansa del peso abrumador de sus negocios contemplando al gusano de seda, y viéndolo prodigiosamente crecer, fabricar su capullo, y convertirse en mariposa.

En el mes de Mayo, que rige *Géminis*, se siembran las flores de Otoño, la *cuarentena*, *los alelies*, *las arañuelas*, *los carraspiques*, etc.; casi todos los arbustos se cubren de flor, y muchos llegan á dar en él maduro fruto; los pastos abundan por dó quiera, y la mayor parte de los animales sacan sus crias.

El aire del mes de Mayo es puro, aromático y sano, por manera, que no abundan las enfermedades, y las mas generales son, anginas, calenturas gástricas con síntomas cerebrales, reumatismos y tercianas: como sistema higiénico, son útiles las purgas y atemperantes; suelen ocurrir tambien algunas hemorragias, siendo mas frecuentes las que se verifican por la nariz; si la salida de la sangre por este punto fuese excesiva, hay un medio muy sencillo y eficaz para contenerla, el cual consiste en levantar el enfermo el brazo correspondiente al lado por donde sale la sangre, comprimiendo al mismo tiempo la ventana de la nariz con el dedo.

Es muy perjudicial dejar ramos de flores en las habitaciones donde se duerme, pues ademas de exhalar un gas nocivo, sus emanaciones olorosas producen angustias, congojas, y hasta convulsiones.

El mes de Mayo le simbolizaron los romanos bajo la proteccion de Apolo, dios del sol y de las bellas artes, celebrando en él las fiestas de Cibele, madre de los dioses, llamada la Buena Diosa; las de los Lares ó dioses Penates; las de Flora y otras muchas.

El cristianismo ha desterrado estas su-

persticiosas demostraciones, y ha reclamado las bendiciones del verdadero Dios sobre la tierra, eligiendo como intercesora á la Virgen María, á quien consagran los fieles con fervorosas oraciones este mes de flores, como el más poético y comparable en sus perfumes á sus purísimas virtudes.

E. DE TAMARIT.

LITERATURA.

Un recuerdo á mi adorada Madre.

Ya se apagó la luz de mi alegría,
Ya se agostó la flor de mis amores;
Se hundió por siempre de mi dicha el día
Con su cielo y sus nubes de colores;
Tan solo ya le resta al alma mía:
Sufrimientos, pesares y dolores....
Sola me queda ya la helada tumba
Donde descansas, y mi voz retumba.
Solo me queda la mansion mortuoria.
Donde duermes tranquila en duro lecho,
Y los gratos recuerdos de tu historia,
Y grabada tu imagen en mi pecho;
Pero vives eterna en mi memoria
Y el corazon en su dolor deshecho,
Gotas de sangre, á tu recuerdo vierte,
Que en benéfico llanto se convierte.
¿Por qué me abandonaste, madre mia,
Siendo tú la mitad de mi existencia?
Siendo mi dicha, mi placer, mi guia,
Y el ángel protector de mi inocencia?
Hasta la luz paréceme sombría
Donde falta tu angélica presencia,
¿Por qué cuando espirastes en mis brazos
No saltó el corazon hecho pedazos?
Tú, huistes ¡ay! del lodazal inundo
Como el águila audaz que baja al suelo,
Y al escuchar la bacanal del mundo

Los aires hiende, con su ráudo vuelo;
Y yo sumida en mi dolor profundo,
Con delirante afan y loco anhelo,
Creo mirar en la rosada nube
Tu alma felice, que al empíreo sube.
Y en el rayo de luz de blanca luna
Que entre nubes espesas se desliza,
Y en la brisa fugaz que en la laguna
Sus ondas besa, y á la par las riza,
Y en las notas suaves que una á una
Lanza el ave en su canto que me hechiza,
Creo mirar tu imagen, y me anima
Tu recuerdo que todo lo sublima.
Tu recuerdo me anima y me sostiene,
¡Madre adorada! sin igual querida!
Tu recuerdo ¡ay de mí! no sé que tiene
Que me mata cruel, siendo mi vida;
Cuando la noche silenciosa viene
Con su calma y quietud apetecida,
Con su luna de faz blanca y serena....
Toda mi alma tu recuerdo llena.
Que es tu recuerdo el alma de mi alma,
El ángel que suaviza mi agonía,
Celeste nuncio de dichosa calma,
Consuelo siendo en la tristeza mia:
Aurá que mece del dolor la palma,
Luz que disipa la tiniebla fria,
Nítida estrella que brillante luce
Y á otro mundo mas bello me conduce....
¡Otro mundo mas bello! madre amada,
Dónde vives, hermosa como el lirio,
Dónde ostentas la frente coronada
De la santa aureola del martirio;
No me habéis de la tumba y de la nada,
No llameis á mi fé dulce delirio,
Dejadme en mi dolor algun consuelo....
Creo en la gloria que soñó mi anhelo.

LA HUÉRFANA NUMANTINA.



BIBLIOGRAFIA.

Guia de Aranjuez. (1)

La obra que con este título acaba de publicar nuestro amigo el señor D. Francisco Nard, es digna bajo todos conceptos de ocupar un lugar preferente en la biblioteca de una señora. Su estilo ameno, la descripción histórica de las bellezas de aquel Real Sitio, y al mismo tiempo la oportunidad de darse á luz cuando aquella deliciosa mansión puede decirse que es un barrio de Madrid, la hacen de todas veras recomendable. Creemos que el mayor elogio que podemos hacer de esta producción, es citar algunos de sus bellos trozos, que servirán de introducción á nuestros estudios de viajes.

Vista del Parnaso.

Al primer lucir del sol es encantadora y magnífica la perspectiva inmensa que desde aquella grata altura se despliega. Mira el observador á sus piés la población con sus anchas y simétricas calles, con el refulgente palacio engalanada; con todo su séquito de bosques, alamedas, florestas, y jardines que el Tajo y Jarama serpentean; descollando á la derecha S. Pascual y Alpaxés; las capillas de S. Antonio y Real al frente, dividida por el camino de Andalucía; el Delcote á la izquierda con su labor, olivares y Vergel, la casa de las Infantas, y Flamenca y Añover encima. Si trae la vista desde esta altura re-

parará en Esquivias, Seseña y Espartinas (1); en el telegrafo, Cuesta de la Reina y demas alturas que á distancia de cuatro leguas se estienden hasta cerca de Valdemoro, y en Colmenar, por último, al E., cuyas dos torres están á cuatro leguas. En la misma dirección verá mas acá, á la derecha del Tajo, el cortijo inmenso con su inmenso olivar, y pasará entonces la vista por aquellas vegas dilatadas y risueñas de tan predilecto asiento, por aquel vasto anfiteatro que forman las colinas decoradas por la sierra que se pierde á la izquierda, y por la huerta Valenciana á esta orilla. Si vuelve al S. la espalda, los collados y montes por entre los cuales culebrea la carretera de la Bética alegre, de la bulliciosa Valencia, el mar grande y chico (2) y el pueblo de Ontígola, de buen aspecto por sí y sus olivares, y por su frecuentado camino entre cerros de yerbas olorosas, que á taja media legua á Ocaña, aumentarán su gozar intenso en aquella Fócida envidiable.

Y como si no fuese bastante el placer completo que recibe por los ojos el estasiado espíritu, todavía el dulce murmullo con que á su pesar se deja caer el Tajo por sus ambas á dos bellas cascadas, y el balar de las ovejas, cuya rica y renóbrada leche convidá en tan buen hora, completan ilusión tan deliciosa. Yo de mí sé decir, que cuantas veces he gozado de tan sorprendente paisaje, otras tantas se han deslizado sin sentirlo muchas horas.

Mágico es también el cuadro, y de asombrosa perspectiva al dorar el sol, que se despiden, las cimas de los plátanos de la Isla. Los rebaños que vienen acogiéndose á su falda ofrecen también su afamada leche, y no falta para el curioso un objeto notable de historia. Al pié del montecito hallará una losa

(1) Se vende á 5 rs. en Madrid, librería de Monier, Carrera de San Gerónimo.

(1) La torre que se descubrió de Esquivias dista tres leguas, y dos de la Seseña.

(2) Se dá el nombre de mar chico al estanque junto al camino de Andalucía, que procede del mar.

sepulcral, que los naturales llaman del *Judio*, y cubre los restos de un embajador de Prusia que murió en 26 de mayo de 1805, según el epitafio, y que el pueblo escarneció, á pesar de acompañarles el príncipe de Asturias.

Muy pronto traspone la carretera del Mediodía de la Península de trabajo entendido por bajo del mar para dar salida á las aguas que descienden de los prados de Ontígola.

Modas Extranjeras.

París 1.º de mayo.

Nunca con mas gusto podria dirigiros mis observaciones, señoras redactoras, que en estos hermosos dias en que la naturaleza, volviendo la espalda al ceñudo invierno á cuyos rigores ha estado adormecida por tantos meses, se sonrie conmovida por los rayos del tibio sol de Mayo. Saludemos con ella alegres á la primavera que se presenta á la tierra con mágicos atavíos en las hojas de los árboles, los botones de las flores, y el gorjeo de los pajarillos, y á nosotras con frescos y ligeros adornos en muselinas, bareses, fulares, y tafetanes, de colores claros y bellos, y otras mil bagatelas que en manos de la moda dan al conjunto de nuestro traje un aspecto caprichoso y juvenil.

Concurridos y por demas brillantes han estado estos dias los Campos Elíseos y el bosque de Bolonia, ocupando las líneas laterales de sus alamedas magníficos carruajes que ostentaban en sus escudos acuartelados los timbres de sus dueños, y cuyos cocheros y lacayos llevaban vistosas libreas del mayor capricho; verdes y encarnadas unas, otras azules y boton de oro, amarillas y moradas estas, blancas y doradas aquellas, oscurecian enteramente la librea de un solo color, destinada ya solamente para los coches de plaza. Corrian por el centro del paseo otros aun mas bri-

llantes, de un aparato régio, con cuatro caballos que guiaban lujosos tronquistas.

Como escentricidad no puedo menos de dedicar un recuerdo á un jóven elegante que dirigia una especie de tilburí á lo *Tom pouce* que consistia en un asiento de acero encerrado entre dos enormes ruedas pintadas de encarnado. El elegante se pavoneaba en su asiento, encerrado entre las ruedas, y como un hermoso alazan tostado hacia rodar con la ligereza del viento este frágil equipaje, parecia el jóven un salta-montes, haciendo la rueda y batiendo las alas.

Ocupaban una de aquellas soberbias carretelas dos damas jóvenes que habian tenido el gusto de armonizar, por sus contrastes, sus trajes con tal arte, que vestidos, capotas y sombrillas se hacian una verdadera guerra de.... elegancia.

Vestido de tafetan gris perla, llevaba la primera, cuya falda adornaban tres volantes escoceses, de colores verde, dahlía y negro, con rayas amarillas y blancas. El cuerpo abierto en forma de casaca, dejaba lucir un chaleco de moiré blanco, con cuello vuelto, pequeño y cerrado con dos filas de botones de oro. La capota de crespon liso, color de rosa se componia de plegados al bies, adornando el ala un fruncido á la antigua de blonda y gasa rosa, y para que todo fuese de este color una reina de las flores de cien hojas lucia al lado. La sombrilla era de moiré blanco con listas argelinas y forrada de tafetan rosa. Apenas cubria el lindo talle de la dama una manteleta *Benjamin*, cortita, de tafetan glasé, verde y negro, adornada de terciopelitos fruncidos, y de blonda negra con ondas. Esta manteleta, un poco escotada, describia una especie de manga sin costura.

La otra de estas señoras vestia un traje *Isabela* con dos volantes muy anchos de listas y dibujos brochados de color azul Napoleón sobre fondo azul claro. Cerrado el cuerpo con dos lazos de rosa y adornado de guarniciones pequeñas correspondientes á las de la

falda, tenía las mangas abiertas hasta el codo. La capota, compuesta de tres rizados de blonda con ondas, divididos por otros tantos órdenes de lacitos de cinta blanca, estaba guarnecida de una puntilla de blonda con onditas: una cinta ancha de tafetan blanco simulaba una especie de toquilla, cubriendo la copa y cayendo por los lados en largos cabos. Al lado derecho, un ramo de narcisos dobles se perdía entre ramaje verde, y por detrás de la copa flotaban tres caídas de blonda, con lazos de gasa. Un chal de cachemir verde turco, con palmas orientales bordadas en oro, cubría desdeñosamente los hombros de la beldad. La sombrilla era blanca con rayas azules de dos tonos, celeste y oscuro, con mango esculpido de nacar.

Cada una de estas señoras tenía en la falda un ramillete de flores naturales: el de la primera se componía de camelias blancas y rosas de bengala; el de la otra, de flores variadas á estilo de jardinera.

Los arneses del carruaje, de plata y perfectamente cincelados, manifestaban el gusto aristocrático de estas señoras, no menos que la librea azul y blanca, con sombrero tricorno y peluca empolvada.

Pero dejemos á un lado estas modas que solo convienen á señoras de alta clase, y cuya descripción mas bien tomamos como objeto de recreo que de aplicación, y ocupémonos de otras mas adaptables á las Señoritas, y que reúnen el buen gusto á la sencillez para ser mejor admitidas en la buena sociedad.

Citaré como lindo traje para reunión de confianza una falda de muselina, guarnecida de tres volantes iguales festoneados, unido el último á la misma cintura. El cuerpo de tafetan gris, de un corte airoso de casaca es abierto y está sujeto por delante con tiras del mismo tafetan, que dejan ver una toquilla de muselina, cerrada en el cuello por un follado, guarnecido con una blondita: las mangas son abiertas por debajo, y entre los intervalos de dos tiras, iguales á las del

cuerpo que las sujetan, aparece la manga pagoda, bordada al pasado.

Para traje de calle es muy á propósito un vestido de raso de la Reina, color de malva, guarnecida la falda con seis órdenes de cintas escocesas; su color dominante debe ser el del vestido, aunque se llevan tambien de colores mas fuertes y que sobresalgan; por ejemplo, sobre fondo gris ó azul se pueden poner cintas escocesas, color de avellana, blanco y verde ó carmesí, amarillo y verde. Esta moda de cintas escocesas es mas linda y menos escéntrica que los volantes anchos ó guarniciones escocesas, que chocan á la vista y no hacen buen efecto sino en carruaje.

Hay, sin embargo, algunas de estas disposiciones que parecen bien, y consisten en listas al través, y graduadas en su anchura desde el bajo de la falda hasta un poco mas arriba de la mitad, ó bien labores tejidas del mismo color del vestido.

La manteleta que está mas en uso para una jóven es la manteleta *Hortensia*: tiene unido un chalequito que se abotona encima del talle, y está guarnecida de un bordado de trencillas, ó de una cinta de terciopelo: sobre el chaleco hay una vuelta figurada en forma de solapa. Las Señoritas guarnecen con flecos estas manteletas, dejando las blondas para las señoras de estado.

Los sombreros de las Señoritas se llevan de gró de Nápoles, blanco ó rosa, y en los de paja, la calada y la de Italia con adornos de cintas escocesas ó sombreadas, tendrán la preferencia este verano: debajo del ala, cada dia mas ancha, se llevan muchas flores, pero en las capotas de gasa ó tafetan se prefieren para las jóvenes adornos de paja, entre los que los hay de tal finura que parecen encaje.

Las botas se llevan de punta cuadrada, y se hacen de cutí, rusel ó tabinete: el color mas usual es el gris, porque casa bien con todos los colores.